

RUBEN DARIO Y JOSE MARTI

Vive aún fresco en nuestra memoria el recuerdo gratísimo del homenaje de admiración, de respeto y de cariño que en noche inolvidable tributamos los aquí reunidos a un gran de de las letras españolas, al más insigne e ilustre tal vez de los prosistas castellanos contemporáneos: a Don Ramón del Valle Inclán.

Tócanos hoy honrar al primer poeta hispano-americano: ~~he~~ nombrado a Rubén Darío.

Uno de sus más entusiastas admiradores, el señor Pichardo, os expresará dentro de breves instantes lo que por él sentimos en este modesto cenáculo.

Yo solamente voy a deciros dos palabras a propósito de su libro "Los Raros".

No me prestéis mucha atención. Preparaos mejor, mientras hablo, para deleitaros después con la conferencia del señor Pichardo.

Es, sin duda alguna, Rubén Darío uno de los escritores contemporáneos más distinguidos.

Sus amigos y admiradores, no encontrando ya en su alabanza, aljetivos adecuados que añadir a su nombre, llegan, no solo a declararlo un superhombre, un dios, sino que para ellos es algo más: es el Maestro, es el poeta "único", es "Rubén Darío".

Por el contrario, sus enemigos y detractores le consideran un vacuo, versificador de absurdos, "pelafustán jactancioso que solo a fuerza de repetir que es un gran poeta, va habiendo ya algunos mentecatos que lo crean".

Esta diversidad de opiniones y de juicios tan contradictorios, esa lucha encarnizada que libran entre sí sus amigos y sus enemigos, es, precisamente, la mejor prueba de que el hombre que motiva esos aplausos y esos odios, es un escritor de mérito y de valer.

¡Desdichado del que pasa hoy día por el mundo sin hacer ruido! Nuestra época es de luchas y combates, y de en medio de ellos han de salir, como de un crisol, purificados, los que el juicio futuro, recto e imparcial de la historia juzgae dignos de ser considerados como los genios de nuestro siglo. Así como en los tiempos de la antigua Roma, era de los campos de batalla, de donde salían, después de haber probado su valor y patriotismo, los héroes que, coronados de laurel y en solemne procesión, subían al Capitolio para depositar allí, sobre las rodillas de Júpiter, la rama, símbolo del triunfo alcanzado.



La causa principal de ese apasionamiento exagerado que se nota en los detractores de Rubén Darío es que éste es un innovador, un revolucionario, que desde los comienzos de su carrera literario declaró guerra a muerte a esa tirana del pensamiento dominadora del mundo, rémora de todo progreso y adelanto, que se llama la Rutina.

Rompiendo con los pobres y estrechos moldes en que se hallaba encerrada el habla castellana, quiso darle a ésta ensayando ritmos y giros nuevos y metros desusados, el vigor, la belleza y la vida que lentamente iba perdiendo.

Esa ha sido su obra capital a la que ha consagrado todas sus energías de luchador y de apóstol. Y, sin otras armas que su pluma maravillosa, y llevando como único emblema la bandera del progreso y del arte,

(1) Trabajo leído el 17 de Febrero de 1911 en una de las "reuniones literarias" que durante dicho año se celebraron en la morada del señor Roig.

de la libertad y de la belleza, ha ido conquistando, palmo a palmo, el sendero que le conducía hacía su ideal.

Aquellos grandes e ilustres genios que florecieron a principios del siglo XVI, Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael, dieron vida al arte, "muerto durante la noche de la edad media" y llegaron en sus obras inmortales a la máxima perfección después de haber estudiado a los antiguos maestros. La grandiosa labor que entonces realizaron es conocida en la Historia con el nombre de Renacimiento

En nuestros días, Rubén Darío ha llevado a cabo también un renacimiento literario, al resucitar felizmente, como ha dicho un crítico cubano, "los metros ancestrales donde en garzaron sus tesoros poéticos Garcilaso, Boscán, el gran revolucionario Góngora, Juan de la Encina, Iñigo de Mendoza y Garcí Sánchez de Badajoz. Y casi todos los modernismos del autor de "Prosas Profanas" consisten en cantar las melancolías de un tiempo nuevo en viejas cántigas. O, como el mismo nos dice:

*Pretéritas normas
confirman mi anhelo, mi ser, mi exis-
tir
Yo soy el amante de ensueños y for-
(mas
que viene de lejos y vá al porvenir"*

Las muchedumbres son incapaces de apreciar y comprender la obra poética de Rubén Darío: para ellas el insigne poeta nicaragüense es un raro. Raros fueron también en su tiempo el Dante y Shakespeare, Goe-



the y Cervantes. ¿No dijeron así mismo de Jesús de Nazaret que era un raro y un loco y por raro y loco le crucificaron?

El autor de Azul... se habrá equivocado a veces, tendrá sus defectos; pero todo aquel que examine sus obras imparcialmente, sin apasionamientos, no puede menos que considerar al insigne maestro como un gran poeta que posee originalidad, talento artístico, sentimiento e imaginación. De él ha llegado a declarar Andrés González Blanco, podría decirse además lo que Velez Patéculo dijo del ciego Homero "No se ha encontrado antes de él nadie a quien él imitase, ni después de él nadie que le pudiera imitar".

Por eso, sus discípulos son los que más daño le han hecho a su obra literaria.

Este raro poeta, al que hoy rendimos nuestro homenaje, ha escrito un libro sobre "Los Raros". En él nos habla de Poe, Verlaine, Richepin, Max Nordau, Ibsen, Leconte de Lisle y otros. Uno de sus capítulos está dedicado a José Martí.

Lo escribió el poeta al enterarse que Martí había caído para siempre en Dos Ríos.

Comienza en su artículo diciendo que "para acompañar el entierro de José Martí necesitaríase su propia lengua, su órgano prodigioso, lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus liras, sus sistros".

Efectivamente, amigos, no hay vida más hermosa, más ejemplar, más digna de admiración que la del gran patriota cubano.

Sucédenos a veces con aquellos hombres que han sido consagrados ya por el juicio de la historia como héroes o genios, que si estudiamos detenidamente la obra que realizaron en el mundo, encontramos en ella multitud de defectos, y si profundizamos un poco en su vida descubrimos también que hemos padecido un

engaño lamentable en nuestra manera de apreciarla.

¡Cuántos ídolos no han caído así, ante nuestra vista, de sus falsos pedestales!

Con José Martí pasa todo lo contrario. Solamente dejará de admirarlo aquel que no le conozca.

Pero sigámosle, paso a paso, desde que niño de 16 años fué condenado a presidio por haber escrito unos versos llenos de fuego y patriotismo, hasta que, en los campos de Dos Ríos, coronó su grandiosa labor entregando a su patria, como una úl-



tima ofrenda y un último sacrificio que probase de manera elocuentísima la rectitud de sus propósitos y la pureza de su corazón, esa vida que, toda entera, había consagrado a la más alta y más noble de las empresas: la independencia de su patria; detengámonos a examinar los detalles más insignificantes de su vida; estudiemos su obra, su personalidad intelectual; analicemos su energía, su constancia, su desinterés, su honradez, su fe y su patriotismo... y, aún siendo más fríos que el mármol y más inconscientes que la piedra, no tendremos más remedio que admirar y amar a José Martí.

Como patriota y como político, no conozco otro que le iguale; por su virtud, y su honradez, puede ponerse al lado de Don José de la Luz Caballero; como apóstol y mártir sólo hay uno que le supere, el Divino Jesús.

Con razón dice Rubén Darío que Martí "era de lo mejor, de lo poco que tenemos nosotros (los hijos de América) los pobres; era millonario y dadivoso: vaciaba su riqueza a cada instante, y como por la magia del cuento, siempre quedaba rico". Y añade: "Otra verdad, aunque pese más al asombro sonriente: eso que se llama el genio, fruto tan solamente de los árboles centenarios—ese magestuoso fenómeno del intelecto elevado a su mayor potencia, alta maravilla creadora, el Genio, en fin, que no ha tenido aún nacimiento en nuestras repúblicas, ha intentado aparecer dos veces en América: la primera en un hombre ilustre de esta tierra (habla desde Buenos Aires), la segunda en José Martí. Y no era Martí, como pudiera creerse, de los semi-genios de que habla Mendes, incapaces de comunicar con los hombres porque sus alas les levantan sobre la cabeza de estos, e incapaces de subir hasta los dioses, porque el vigor no les alcanza, y aún tiene fuerza la tierra para atraerles. El cubano era "un hombre". Más aún; era como debería ser el verdadero superhombre, grande y viril, poseído del secreto de su excelencia, en comunicación con Dios y con la naturaleza".

Nosotros, no nos hemos dado cuenta todavía de quien fué José Martí. Apenas conocemos su epopeya inenarrable. Nuestras frecuentes luchas y discordias nos demuestran que ni practicamos sus saludables consejos y enseñanzas, ni sabemos apreciar el valor inmenso de su sangre derramada por darnos patria, sangre que como dice Rubén Darío "nos nos pertenecía; pertenecía a toda una raza, a todo un continente; pertenecía a una briosa juventud que pierde en él quizá al primero de sus maestros, pertenecía al porvenir".



El día en que sin odios, sin rencores, sin ambiciones personales, amándonos como hermanos y unidos entre sí, íntimamente, hayamos conseguido que nuestra patria sea, como él la soñara en días de luchas y sacrificios, una república libre y soberana, grande, próspera y feliz; solamente entonces habremos demostrado que conocemos y amamos a ese sublime visionario, a ese Apóstol y mártir incomparable que se llamó José Martí.

Perdonadme, amigos, si en este homenaje de admiración y de respeto que hoy rendimos al primer poeta de la América-latina, he querido unir al nombre ilustre de Rubén Darío, el nombre glorioso, incomparable de José Martí.

Emilio Roig de Leuchsenring.*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA